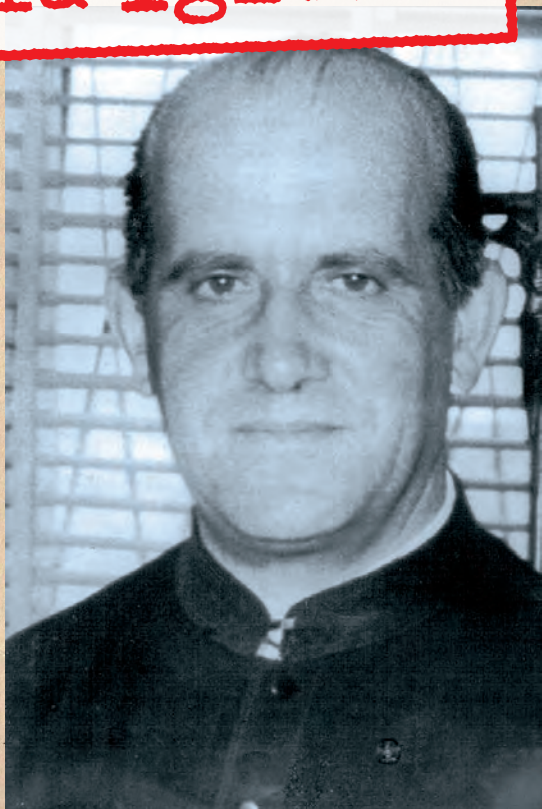


PEDRO OEYEN

Sangre en la Iglesia



Vida y muerte de Pancho Soares,
cura obrero

ACTUALIDAD

Oeyen, Pedro

Sangre en la Iglesia. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : PPC Cono Sur, 2014.
336 p. ; 22x15 cm. - (Actualidad)

ISBN 978-987-740-006-9

1. Pachó Soares. Biografía.
CDD 922

Fecha de catalogación: 17/09/2014

Título: Sangre en la Iglesia

Autor: Pedro Oeyen

Primera edición en PPC Cono Sur: Buenos Aires, octubre de 2014

ISBN: 978-987-740-006-9

© 2014, Pedro Oeyen

© 2014, PPC Argentina S.A.

Diseño de tapa e interior: Martín Glas

PPC Cono Sur

Av. Callao 410, piso 2

C1022AAR | Ciudad Autónoma de Buenos Aires • República Argentina

t: +54 11 4000.0400 / f: +54 11 4000.0429

www.ppc-editorial.com.ar

e-mail de contacto: ventas@ppc-editorial.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

Impreso en Bibliográfica de Voros SA, Bucarelli 1160, Buenos Aires, Argentina

Libro de edición argentina / *Made in Argentina*

Impreso en Argentina / *Printed in Argentina*

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

EMPRESA ASOCIADA A LA CÁMARA ARGENTINA DEL LIBRO

LA MUERTE DE UN CURA VILLERO

En medio de la noche, a las 03.00 AM del viernes 13 de febrero de 1976, el P. Pancho Soares, con 54 años de edad y 30 de sacerdote, fue asesinado a balazos por un grupo armado, en su casa, junto a la capilla de Nuestra Señora de Carupá, en el Partido de Tigre.

Doce años antes había abandonado el convento, para instalarse en una de las villas del Partido de Tigre. Se identificó con sus vecinos, viviendo en una increíble pobreza y trabajando como obrero, sin dejar nunca de ejercer su sacerdocio.

Últimamente su muerte volvió a adquirir notoriedad pública, pues la Municipalidad de Tigre lo declaró ciudadano ilustre *post mortem*, puso su nombre a una calle del Partido e inauguró un monumento en su memoria.

Además en abril de 2012 una presentación judicial solicitó que se reabriera la investigación para determinar la autoría de este homicidio y su relación con los crímenes de lesa humanidad tratados en la megacausa de Campo de Mayo. A raíz de ello, el 9 de abril de 2012, el diario *Página 12* le dedicó una extensa nota. De esto nos ocuparemos oportunamente.

Pero desde ya, debemos afirmar que su muerte violenta es incomprendible si ignoramos el marco histórico en el que se desarrollaron los hechos. Conocer las situaciones que vivió, ver cómo influyeron las personas que estuvieron cerca suyo, así como los acontecimientos ocurridos en el país, la Iglesia, el mundo en las décadas del sesenta y setenta, nos ayudará a penetrar en el significado de esta tragedia.

Además, por haberlo conocido personalmente y compartido el ministerio sacerdotal con él durante casi diez años, considero que no podemos quedarnos sólo con lo que fue su injusta muerte.

Todo el desarrollo de su vida es importante: sus ideales juveniles, su deseo de total entrega a Dios y a los demás, su camino

espiritual, búsquedas, angustias y crisis, señalan una personalidad muy rica e interesante.

Hemos encontrado muchas cartas y escritos suyos, así como de personas vinculadas con él, a lo que se añaden numerosos testimonios de la gente que lo conoció. Al leerlos podremos comprender por qué un hombre que era excelente organista, buen cantor, autor de poemas y que hablaba varios idiomas, se transformó en operario de una fábrica de mosaicos.

Al recorrer estas páginas nos adentraremos en el corazón de un sacerdote que amaba la lectura, el silencio y la oración, pero se fue a vivir en una casilla de una villa de emergencia. Que fue párroco, superior y rector del mayor santuario mariano de Chile y terminó como encargado de una humilde capillita prefabricada, levantada por sus propias manos.

De este modo, viendo todo su caminar por este mundo, su vida iluminará el misterio de su muerte y ésta será la culminación luminosa de toda una vida entregada por amor a Dios y al prójimo.

El autor



P. Francisco "Pancho" Soares (1921-1976).

AGRADECIMIENTOS

Esta obra no habría sido posible sin el cariño de su comunidad que mantuvo vivo su recuerdo por tantos años, así como el de los sacerdotes que lo conocieron o estuvieron allí después de él.

En particular debe destacarse el trabajo perseverante de Graciela Teresa Carrel Marisquerena que reunió abundante documentación y la publicó en un volumen de fotocopias con el título *Huellas de fe en nuestro presente*, al que se sumó el material que entregaron los asuncionistas e innumerables personas que me brindaron su apoyo o ayudaron en la recolección de datos.

A todos, muchas gracias y también a nuestro obispo, monseñor Oscar Vicente Ojea, que me encargó la tarea de hacer la biografía del querido Pancho, con el que compartí casi diez años de ministerio en la diócesis de San Isidro.

El autor

PRIMERA PARTE
INFANCIA, JUVENTUD
Y PRIMEROS AÑOS
SACERDOTALES

SU INFANCIA

A principios de 1921 nació en Bela Vista, Sao Paulo, Brasil, un niño varón con ojos y pelo castaños, alegrando el hogar del matrimonio de Arturo José Soares y de Laura Augusta Rodrigues, familia numerosa de origen portugués. Le pusieron el nombre de Francisco, pero en seguida comenzaron a llamarlo Panchito.

La fecha exacta del nacimiento no es clara. En todos sus documentos civiles, tanto brasileros como argentinos y franceses, figura el 29 de febrero de 1921, pero esto es imposible porque ese año no fue bisiesto.

Fue bautizado en la parroquia do Divino Espirito Santo, Bela Vista, el 25 de junio de 1921, siendo sus padrinos Francisco Lerano y Zulmira dos Santos Soares (libro 8, folio 167 N° 553). En el acta consta que había nacido el 24 de mayo de ese año.

Por otra parte, como veremos en sus cartas, él afirmaba que había sido el 27 de mayo, pero en varios documentos de los asuncionistas figura el 28 de ese mes. No hemos podido aclararlo, ni conocemos la causa de esta confusión.

Bela Vista es un barrio muy antiguo y el más italiano de la ciudad de Sao Paulo. Queda entre las avenidas Paulista, 25 de Maio, Brigadeiro Luis Antonio y 9 de Julho.

Sus padres tuvieron doce hijos, pero tres murieron al nacer. Los restantes son: 1. Carlos; 2. Alicia; 3. Mauricio; 4. Arnaldo; 5. Francisco; 6. Bernardino (Dino); 7. María Lourdes; 8. Teresita; 9. Marta, con síndrome de down.

A los tres años cuando era un chiquilín inquieto, que ya *falaba* [hablaba] portugués bastante bien, sus padres decidieron emigrar y construir su casa en la calle Martínez de Hoz (hoy Padre Silbermann) 160, Santos Lugares, Provincia de Buenos Aires.

A principios del siglo se habían instalado allí los talleres del Ferrocarril Pacífico (hoy San Martín), inaugurando una estación a la que dieron este nombre. Había aún zonas inundables y semipantanosas, muchos terrenos baldíos, las calles eran casi todas de tierra, con grandes zanjonés a sus costados, donde corrían las aguas.

El lugar se había ido poblando con inmigrantes, en su mayoría italianos, pero también irlandeses, españoles y otros; gente trabajadora que los fines de semana se transformaban en albañiles para agrandar o mejorar sus casas. Los que no eran ferroviarios se dedicaban al cultivo de hortalizas y a la floricultura, cuyos productos vendían en la capital.

No existían los Jardines de Infantes, la televisión, ni los juegos electrónicos, así que Pancho en su infancia se entretenía jugando con sus hermanos y vecinos al fútbol, la bolita, las escondidas o la mancha, protagonizando combates con palos de madera a modo de espadas, construyendo casitas en los árboles y mil juegos que inventaban. Con ellos aprendió el castellano sin dificultad.

En verano, junto al calor, llegaba una fantástica multiplicación de insectos que ampliaba la gama de entretenimientos. Cazaban y coleccionaban mariposas, bichitos de luz y libélulas.

Los más preciados eran los escarabajos: los ataban a cajitas de fósforos con hilo de coser y les hacían correr carreras. Los había de dos tipos, unos eran grandes cascarudos que volando se estrellaaban contra algún farol y los agarraban con facilidad. Los otros tenían un gran cuerno móvil que usaban a modo de pinza y parecían diminutos rinocerontes. Los llamaban "toritos" y eran los más codiciados por su fuerza. Se los encontraba después de una lluvia.

Junto a su casa había un potrero, lugar normal de sus primeros juegos. Doña Laura podía verlos desde la ventana de la cocina mientras preparaba la comida, lavaba o planchaba. A veces, cuando se peleaban o lastimaban, intervenía poniendo calma con un grito o corriendo para curar al herido.

Al crecer, amplió su campo de acción, llegando inicialmente hasta la esquina y luego aún más lejos. Entonces conoció a otros

chicos, aprendió a cazar ranas o anguilas en los charcos y a tirar con la honda.

A veces le daban un reto o lo ponían en penitencia, como cuando se resbaló y cayó en un charco embarrándose de pies a cabeza, o cuando al entrar en un baldío rompió su pantalón al engancharlo en un alambre de púa.

Casi sin darse cuenta, cuando estaba por cumplir seis años, llegó la hora de ir a la Escuela y Patronato de Santos Lugares, bajo la dirección de las Religiosas Misioneras de San Francisco Javier. El primer día lo acompañó su madre hasta la puerta. Entró a ese mundo nuevo con su impecable guardapolvo blanco dispuesto a captar las enseñanzas, pues sus padres muchas veces le habían dicho que no se podía progresar en la vida sin estudios.

Su mente inquieta no tuvo dificultades en aprender a leer, escribir y tantas cosas que le fueron enseñando, pero las matemáticas siempre le costaron.

Le era difícil quedarse quieto y no hablar con sus compañeros en el aula o las formaciones. En su boletín, al mismo tiempo que lo felicitaban por sus progresos en el estudio, la maestra añadía: “Debes mejorar tu conducta en clase” o “Debes guardar silencio en la fila”.

Vivían a unas cuadras de la iglesia. Era la parroquia y santuario de la Virgen de Lourdes, atendida por la congregación religiosa de los agustinos asuncionistas o simplemente asuncionistas, que habían fundado allí su primera comunidad en Argentina el 4 de julio de 1911 y enseguida edificaron una gruta similar a la de Lourdes, en Francia, para promover el culto a la Virgen.

El 31 de julio de 1920 se creó la parroquia y el 11 de octubre de 1922 bendijeron la piedra fundamental de lo que con los años se convertiría en la magnífica iglesia, similar a la de Lourdes en Francia, que aún sin concluir conocemos hoy.

Se compone de dos templos superpuestos. Uno inferior para uso parroquial, de estilo románico bizantino, que suelen llamar “cripta” aunque fue construido a 36 centímetros sobre el nivel de la calle, inaugurado el 15 de agosto de 1926. Y otro superior de

estilo neogótico, cuyo piso se encuentra a 8,50 metros por encima del de la cripta, que aún no se concluyó, pero está habilitado al culto desde hace muchos años.

A principios del mes de septiembre su mamá lo inscribió allí en el catecismo para hacer la Primera Comuni3n. Asistía todos los días y tuvo que aprender de memoria un librito que tenía 92 preguntas y las oraciones elementales.

Uno de los sacerdotes charlaba con los chicos, jugaba a veces con ellos al fútbol arremangándose la sotana y les regalaba un caramelo, una estampa o una medalla. Tenemos su foto (página siguiente), pero hasta ahora no pudimos conocer su nombre.

Un día Panchito le dijo: –Padre, ¿puedo ser monaguillo?. Él respondió: –Sí, como no, después de que hagas tu Primera Comuni3n, si querés te voy a enseñar. Yo celebro misa todos los días a las 6 de la mañana.

El 8 de diciembre, junto a muchos chicos y chicas, recibía a Jesús en la Eucaristía por primera vez. El mencionado religioso nunca imaginó que al día siguiente, al entrar en la sacristía para revestirse, iba a encontrar a ese niño esperándolo. Lo felicitó por haber venido, le dio algunas indicaciones y le dijo que cada vez que viniera le enseñaría algo más.

Durante esas vacaciones acudió todos los días. Le fue explicando cuándo trasladar el misal, acercar las vinajeras, lavarle las manos, tocar la campanilla, levantar la casulla y demás detalles. Como la misa era en latín, le enseñó las contestaciones explicándole su significado.

Lo conmovía ver el interés y la aplicación de ese pequeño que apenas podía levantar el pesado misal y que aprendía todo con enorme facilidad. Intuía que de algún modo Dios estaba actuando en ese corazón infantil y le ayudó a conocer y amar más a Jesús y la Virgen.

Un día mientras desayunaban, el niño le dijo a su madre que quería ser sacerdote para celebrar misa. El anuncio la tomó por sorpresa y sólo atinó a responderle en portugués: –*Ainda vocé es muy pequeño pra iso* [Aún eres muy chico para eso].

A la noche se lo contó a su marido, añadiendo que quizás el cura le estuviera metiendo esa idea en la cabeza, que fuera algo pasajero y dentro de un tiempo quisiera ser bombero, domador o médico. Don Arturo, que era chofer de colectivo en la línea 69, sentenció: *-Deus dirá* [Dios dirá].

El tiempo fue pasando sin que volvieran a hablar del tema. Doña Laura estaba atenta, tratando de descubrir si su hijo comenzaba a tener algún comportamiento extraño. Pero no veía nada



Panchito (el más chico), monaguillo a los 6 años (1927).

raro, era el mismo chico travieso e inquieto de siempre. Sin embargo, cuando podía, iba a misa para ser monaguillo. Tenía preferencia por su sacerdote amigo, pero también ayudaba a los otros.

Casi tres años pasaron sin mayores novedades. A Panchito le iba bien en la escuela, aunque su conducta seguía generando algunas dificultades. Como había crecido un poco, le encargaban a veces que hiciera mandados o ayudara en casa.

Le había contado al religioso su deseo y éste le aconsejó no apurarse. Cada tanto le daba algún elemento para ayudarlo, pero no quería presionarlo, ni que perdiera su espontaneidad. Pensaba, como el papá del chico, que había que dejar que Dios actuara, ya que la vocación es un llamado que sólo Él puede hacer resonar en el corazón del elegido.

Nadie había tomado en cuenta la tenacidad del niño, que cuando se proponía algo no lo abandonaba hasta obtenerlo. Esta virtud sería una de las características de su personalidad a lo largo de toda su vida.

En 1930 este sacerdote fue reemplazado por el P. Luis Folliard y Panchito enseguida fue su monaguillo oficial. Al ver que persistía en su idea, hacia fines de 1931 le dijo que si quería y sus padres lo permitían, en el curso lectivo siguiente podría ingresar en la Escuela Apostólica de la Congregación, ya que poco después cumpliría 11 años, la edad mínima necesaria.

Volvió eufórico a su casa y se lo contó a su madre. Ésta, que se había olvidado del tema, nuevamente se sorprendió y le dijo que lo charlaría con su esposo. A los pocos días, ambos fueron a hablar con el religioso para ver en qué consistía la propuesta.

Les explicó que la Escuela era un internado en Santiago de Chile, donde cursaría los últimos grados de la primaria y toda la secundaria. A los estudios normales se agregaban latín, griego y francés. Era gratuito y el nivel pedagógico era muy bueno.

Sólo entre el 10 y el 20 % de los que ingresaban llegaban al sacerdocio, pero la mayor parte de los que abandonaban eran luego buenos cristianos y se mantenían unidos a la congregación.

Equivalía para los religiosos a los Seminarios Menores Diocesanos y eran el camino normal para los que deseaban ser sacerdotes. En esa época era poco frecuente que aparecieran candidatos con más de 14 años o que hubieran terminado la primaria y se los llamaba “vocaciones tardías”.

La vida allí era similar a otros internados, con mayor acento en la vida de piedad. En cualquier momento los superiores podían

despedirlo, si no tenía las condiciones necesarias. También el alumno podía abandonar, regresar a su casa y continuar estudiando en otro colegio.

Aunque era chico como para decidir su futuro y debía viajar a otro país, viendo el entusiasmo del hijo, los padres pensaron que era conveniente aceptar la propuesta. Les parecía importante que aprovechara sus dotes naturales para el estudio y ellos no estaban en condiciones de pagárselos. Si no tenía vocación, sin duda la educación que recibiría sería buena y todo lo aprendido le vendría bien en la vida.

Además en 1931 el país atravesaba una de sus peores crisis económicas, fruto de la que se daba a nivel mundial. Mucha gente estaba sin trabajo, adultos y niños deambulaban por las calles pidiendo limosna, se habían creado ollas populares en parroquias y entidades públicas. El futuro parecía negro y poder asegurar la educación de Panchito sin tener que pagar, significaba un alivio para esos bolsillos siempre escasos de fondos.

Así fue como le comunicaron su decisión y comenzaron a hacer todos los trámites necesarios.¹

En los años siguientes, dos de sus hermanos ingresaron en otras Escuelas Apostólicas. Arnaldo inicialmente estuvo con los Hermanos de La Salle, en Florida, Provincia de Buenos Aires, luego pasó a los asuncionistas en Chile. Bernardino estuvo 7 u 8 años con los Padres Bayoneses. Pero no llegaron a ordenarse.

¹ Muchos de los datos contenidos en este capítulo y los siguientes han sido tomados de Roberto Favre, *Los asuncionistas en Argentina (1910-2000)*, Cuadernos del bicentenario d'Alzon, N° 8. Agradecemos la autorización del autor.



Partiendo rumbo a Chile, con el P. Agapito Genevès (1932).

ÍNDICE

La muerte de un cura villero	3
Agradecimientos	6

PRIMERA PARTE

INFANCIA, JUVENTUD Y PRIMEROS AÑOS SACERDOTALES

1. Su infancia	9
2. La escuela apostólica.	17
3. El noviciado	23
4. Formación sacerdotal	31
5. La ordenación	37
6. La primera parroquia	45
7. Los años siguientes	55
8. Nada se logra fácilmente	65
9. La trapa.	75
10. Corrientes de espiritualidad	89
11. Nuevamente en Chile	93
12. Juan XXIII y el Vaticano II	107
13. Vuelve a la Argentina	109
14. Deja la congregación.	121

SEGUNDA PARTE

CURA VILLERO

15. Continuidad y ruptura	133
16. La diócesis de San Isidro	137
17. Comienzos en la villa	141
18. La comunidad Juan XXIII.	151
19. Crisis con el obispo	157
20. Tiempo de mudanzas	169
21. La cooperativa sigue adelante	175
22. Los curas obreros	181
23. Buenos propósitos	187

24. En Carupá.	195
25. Medellín	205
26. San Miguel	211
27. Cierran la fábrica.	215

TERCERA PARTE

TIEMPOS DE VIOLENCIA Y MUERTE

28. Sacerdotes para el tercer mundo	225
29. Ocaso y fin del movimiento.	233
30. Compromiso social y político	241
31. La guerrilla.	249
32. La violencia en el país.	257
33. El cura montonero.	263
34. La voz de los que no tienen voz	269
35. Pasión y muerte	279
36. La despedida	289

CUARTA PARTE

REPERCUSIONES

37. Primeras reacciones.	297
38. ¿Quiénes lo mataron?	301
39. Por sus frutos los conocerán	307
40. Primeras reflexiones	313
41. Reflexiones posteriores.	323
42. Homenajes y menciones.	329